

www.elboomeran.com

Paul Auster

Diario de invierno

Traducción de Benito Gómez Ibáñez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Winter Journal
Henry Holt and Company
Nueva York, 2012

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Joyce George, Corbis / Cordon Press

Primera edición: febrero 2012

© De la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2012

© Paul Auster, 2012
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria
info@schavelzon.com

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7829-5
Depósito Legal: B. 1482-2012

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Piensas que nunca te va a pasar, imposible que te suceda a ti, que eres la única persona del mundo a quien jamás ocurrirán esas cosas, y entonces, una por una, empiezan a pasarte todas, igual que le suceden a cualquier otro.

Tus pies descalzos en el suelo frío cuando te levantas de la cama y vas a la ventana. Tienes seis años. Afuera cae la nieve, y en el jardín las ramas de los árboles se están poniendo blancas.

Habla ya antes de que sea demasiado tarde, y confía luego en seguir hablando hasta que no haya más que decir. Después de todo, se acaba el tiempo. Quizá sea mejor que de momento dejes tus historias a un lado y trates de indagar lo que ha sido vivir en el interior de este cuerpo desde el primer día que recuerdas estar vivo hasta hoy. Un catálogo de datos sensoriales. Lo que cabría denominar *fenomenología de la respiración*.

Tienes diez años, es pleno verano y hace un calor sofocante, tan húmedo y molesto que, incluso sentado a la sombra de los árboles del jardín, se te llena de sudor la frente.

Que ya no eres joven es un hecho indiscutible. Dentro de un mes cumplirás sesenta y cuatro años, y aunque eso no es ser demasiado viejo, no lo que todo el mundo consideraría una edad proveyta, no puedes dejar de pensar en todos los que no han logrado llegar tan lejos como tú. Ése es un ejemplo de las diversas cosas que podrían no pasar nunca pero que, en realidad, han ocurrido.

El viento en tu rostro durante la tormenta de nieve de la semana pasada. El espantoso aguijón del frío, y tú ahí fuera, en las calles desiertas, preguntándote qué te habría llevado a salir de casa con aquella rugiente tempestad, y sin embargo, aun cuando luchabas por mantener el equilibrio, estaba el júbilo de aquel viento, la euforia de ver las familiares calles empañadas de blanco, convertidas en un remolino de nieve.

Placeres físicos y dolores físicos. Placeres sexuales antes que nada, pero también el placer de la comida y la bebida, el de reposar desnudo en un baño caliente, de rascarse un picor, de estornudar y peerse, de quedarse una hora más en la cama, de volver la cara hacia el sol en una templada tarde a finales de primavera o principios de verano y sentir el calor que se difunde por

la piel. Innumerables ocasiones, no pasa un día sin algún instante o instantes de placer físico, y sin embargo los dolores son sin duda más persistentes y obstinados, y en uno u otro momento han asaltado casi todas las partes de tu cuerpo. Ojos y oídos, cabeza y cuello, hombros y espalda, brazos y piernas, garganta y estómago, tobillos y pies, por no mencionar el enorme forúnculo que una vez te brotó en el carrillo izquierdo del culo, llamado *lobanillo* por el médico, lo que a tus oídos sonaba a dolencia medieval, y que durante una semana te impidió sentarte en una silla.

La proximidad que tu menudo cuerpo guardaba con el suelo, el cuerpo que te correspondía cuando tenías tres y cuatro años, es decir, la brevedad de la distancia entre tus pies y tu cabeza, y cómo las cosas en que ya no te fijas constituían entonces una presencia y preocupación constantes para ti: el pequeño mundo de reptantes hormigas y monedas perdidas, de ramitas caídas y abolladas chapas de botellas, de tréboles y dientes de león. Pero sobre todo las hormigas. Son lo que mejor recuerdas. Ejércitos de hormigas en marcha, subiendo y bajando de sus pulverulentos montículos.

Tienes cinco años, estás en cuclillas sobre un hormiguero en el jardín, estudiando atentamente las idas y venidas de tus diminutos amigos de seis patas. Sin ser visto ni oído, tu vecino de tres años se acerca sigilosamente a tu espalda y te golpea en la cabeza con un rastrillo de juguete. Las púas te atraviesan el cuero cabelludo, la sangre te empieza a manar por el pelo y

te corre hasta la nuca, y dando gritos entras corriendo en casa, donde tu abuela te cura las heridas.

Palabras de tu abuela a tu madre: «Qué hombre tan maravilloso sería tu padre... con que sólo fuera de otra manera.»

Esta mañana, te despiertas en la penumbra de otro amanecer de enero, con una luz difuminada, grisácea, penetrando en el dormitorio, y ahí está el rostro de tu mujer vuelto hacia ti, los ojos cerrados, aún profundamente dormida, las mantas subidas hasta el cuello, asomando únicamente la cabeza, y te maravilla lo preciosa que está, lo joven que parece, incluso ahora, treinta años después de la primera vez que te acostaste con ella, al cabo de treinta años de vivir bajo el mismo techo y compartir la misma cama.

También nieva hoy, y cuando te levantas de la cama y vas a la ventana, en el jardín las ramas de los árboles se están poniendo blancas. Tienes sesenta y tres años. Se te ocurre que durante el largo viaje de la niñez hasta aquí rara vez ha habido un momento en que no hayas estado enamorado. Treinta años de matrimonio, sí, pero en los treinta anteriores, ¿cuántos caprichos y enamoramientos, cuántas pasiones, cuántos delirios y afanes, cuántas oleadas de loco deseo? Desde el comienzo mismo de tu vida consciente, has sido un solícito esclavo de Eros. Las chicas que amaste de niño, las mujeres que quisiste ya hombre, cada una diferente de las demás, delgadas unas y otras rellenas, bajas y altas,

intelectuales y atléticas, sociables y temperamentales, blancas y negras y algunas asiáticas, nada en su apariencia te importaba realmente, todo estaba en la luz interior que percibieras en ella, la chispa del carácter, la llama de la identidad revelada, y esa luz la hacía bella para ti, aunque otros estuvieran ciegos ante la belleza que tú veías, y entonces te morías por estar con ella, cerca de ella, porque la belleza femenina es algo que nunca has podido resistir. Ya desde tus primeros días de colegio, en la clase del jardín de infancia, donde te enamoraste de la niña rubia de larga cola de caballo, la señorita Sandquist te castigaba a menudo por esconderte con la niña de la que te habías prendado, los dos juntos haciendo travesuras en algún rincón, pero tales castigos no significaban nada para ti, porque estabas enamorado y entonces el amor era tu debilidad, como lo sigue siendo ahora.

El inventario de tus cicatrices, en particular las de la cara, que ves cada mañana al mirarte en el espejo del baño cuando te peinas o vas a afeitarte. Rara vez piensas en ellas, pero cuando lo haces, entiendes que son marcas que deja la vida, que el surtido de líneas irregulares grabadas en la piel de tu rostro son letras del alfabeto secreto que narra la historia de quién eres, porque cada cicatriz es la huella de una herida curada, y cada herida era resultado de una inesperada colisión con el mundo; es decir, de un accidente, de algo que no debía ocurrir a la fuerza, porque por definición un accidente es algo que no sucede necesariamente. Acontecimientos contingentes en contraposición a hechos necesarios, y

mientras te miras al espejo esta mañana comprendes que toda vida es contingente, salvo por el único hecho necesario de que antes o después tocará a su fin.

Tienes tres años y medio, y tu embarazada madre, de veinticinco, te ha llevado de compras con ella a unos grandes almacenes del centro de Newark. La acompaña una amiga suya, la madre de un niño de también tres años y medio. En cierto momento, tu pequeño camarada y tú os soltáis de vuestras madres y echáis a correr por los almacenes. Es un enorme espacio abierto, sin duda la mayor estancia en que has puesto jamás los pies, y te estremeces visiblemente al poder transitar a la carrera por aquel gigantesco estadio cubierto. Al cabo, el niño y tú empezáis a lanzaros en plancha al suelo para deslizaros por la pulida superficie, paseando en trineo sin trineo, por así decir, y ese juego resulta tan agradable, procura un placer tan fascinante, que os volvéis cada vez más temerarios, más atrevidos sobre los objetivos que deseáis alcanzar. Llegáis a una parte de la planta donde están realizando obras de reparación o construcción, y sin molestaros en observar los obstáculos con que os podríais topar, de nuevo os arrojáis en horizontal al suelo y surcáis la superficie lisa como el cristal hasta que, cobrando velocidad, os precipitáis hacia un banco de carpintero. Con un pequeño giro de tu menudo cuerpo, crees que vas a evitar el choque contra la pata de la mesa que se te viene encima, pero en lo que no te fijas en la fracción de segundo que empleas en cambiar de rumbo es en que de la pata sobresale un clavo, largo y lo bastante abajo para quedar

a la altura de tu cara, y antes de que puedas detenerte, el clavo te atraviesa la mejilla cuando pasas volando junto a la pata. Se te desgarran la mitad de la cara. Sesenta años después, no tienes recuerdo alguno del accidente. Te acuerdas de las carreras y las planchas, pero no del dolor, en absoluto de la sangre, y nada de cuando te llevaron al hospital a toda prisa ni del médico que te cosió la mejilla. Realizó un trabajo espléndido, decía siempre tu madre, y como el trauma de ver a su primogénito con media cara arrancada nunca la abandonó, lo repetía muchas veces: algo que ver con un refinado método de doble sutura que redujo la señal al mínimo y evitó que te quedaras desfigurado para toda la vida. Podrías haber perdido el ojo, te aseguraba; o de manera más dramática: Podrías haberte matado. Sin duda tenía razón. La cicatriz se ha ido haciendo cada vez más tenue con el paso de los años, pero sigue ahí siempre que la miras, y llevarás ese emblema de buena suerte (¡con el ojo intacto, aún vivo!) hasta que te vayas a la tumba.

Cicatrices de cejas partidas, una en la izquierda y otra en la derecha, casi perfectamente simétricas, la primera causada por una embestida a toda marcha contra un muro de ladrillo jugando al balón prisionero en una clase de gimnasia de la escuela primaria (apareciste durante días con un ojo enormemente morado, que te recordaba una fotografía del boxeador Gene Fullmer, derrotado por Sugar Ray Robinson en un combate para el campeonato más o menos en la misma época), y la segunda producida a los veintipocos años

cuando al lanzar un gancho en un partido de baloncesto al aire libre, te empujaron por detrás y te estampaste contra el poste metálico que sujetaba la canasta. Otra cicatriz en la barbilla, de origen desconocido. Quizá producida por una caída en la primera infancia, un porrazo contra la acera o una piedra que te abrió el mentón y te dejó señal, aún visible siempre que te afeitas por la mañana. Ninguna leyenda acompaña a esa cicatriz, tu madre nunca te habló de ella (al menos que recuerdes), y te parece extraño, si no del todo desconcertante, que esa marca permanente se te grabara en la piel por lo que sólo puede denominarse *una mano invisible*, que tu cuerpo haya sido territorio de acontecimientos ya borrados de la historia.

Es junio de 1959. Tienes doce años, y dentro de una semana terminarás con tus compañeros de sexto la enseñanza primaria que cursas desde los cinco años. Hace un día espléndido, finales de primavera en su más luminosa encarnación, el sol derramándose desde un cielo azul sin nubes, calor pero no demasiado, escasa humedad, una brisa suave removiendo el aire y meciéndose en tu nuca, en tu rostro, en tus brazos desnudos. En cuanto se acaban las clases, te largas a Grove Park con tu pandilla de amigos a jugar un partidillo de béisbol. Grove Park no es tanto un parque como una especie de campo municipal, un amplio rectángulo de césped bien cuidado flanqueado de casas por los cuatro costados, un sitio agradable, uno de los espacios públicos más encantadores de tu pequeña ciudad de Nueva Jersey, y sueles ir allí con tus amigos a jugar al béisbol,

porque eso es lo que más te gusta, y juegas durante horas y horas sin cansarte ni un momento. No hay presencia de adultos. Establecéis vuestras propias reglas de juego y arregláis desacuerdos entre vosotros; en su mayor parte con palabras, de vez en cuando con los puños. Más de cincuenta años después, no recuerdas nada del partido jugado aquella tarde, pero sí te acuerdas de lo siguiente: el partido ha concluido, y estás solo en medio del cuadro, jugando a recoger la pelota, es decir, tirando la bola hacia lo alto y siguiendo su ascenso y descenso hasta que aterriza en tu guante, momento en el cual vuelves a arrojar la pelota al aire, y siempre que la tiras llega más alto que la vez anterior, con lo que al cabo de varios lanzamientos llegas a alturas sin precedentes, la bola ya se sostiene muchos segundos en el aire, la pelota blanca subiendo frente al claro cielo azul, y estás entregado con todo tu ser a esa estúpida actividad, tu concentración es total, nada existe ahora salvo la bola, el cielo y tu guante, lo que significa que tienes la cara vuelta hacia arriba, que estás mirando a lo alto mientras sigues la trayectoria de la pelota, y por tanto ya no eres consciente de lo que ocurre en el suelo, y lo que pasa en la tierra mientras miras al cielo es que algo o alguien va a chocar inesperadamente contigo, y el impacto es tan súbito, tan violento, de fuerza tan abrumadora que caes derribado en el acto, sintiéndote como si te hubiera atropellado un carro blindado. Lo más fuerte del golpe se lo lleva tu cabeza, la frente en particular, pero el torso también resulta maltrecho, y mientras estás tendido tratando de recobrar el aliento, aturdido y casi inconsciente, ves que te sale sangre de

la frente, no, no te sale, te mana a borbotones, así que te quitas la camiseta blanca y la aprietas contra el punto sangrante, y en cuestión de segundos la camiseta blanca se vuelve completamente roja. Los demás chicos se asustan. Acuden precipitadamente hacia ti para hacer lo posible por ayudarte, y sólo entonces comprendes lo que ha pasado. Parece que uno de tus amigos, un bruto larguirucho, de buen corazón, llamado B. T. (recuerdas su nombre pero no lo vas a divulgar aquí, porque no quieres ponerlo en evidencia; si es que aún vive), estaba tan impresionado por tus imponentes lanzamientos a gran altura que se le metió en la cabeza participar en el juego, y sin molestarse en avisarte de que él también iba a recoger uno de tus lanzamientos, echó a correr hacia la bola que descendía, mirando hacia arriba, claro está, y con la boca desencajada de aquella forma suya zafia y torpe (;qué persona corre con la boca abierta de par en par?), y cuando se estrelló contra ti un momento después, corriendo a galope tendido, los dientes que le asomaban por la boca abierta se te clavaron directamente en la cabeza. De ahí la sangre que te chorrea, de ahí la profundidad de la herida por encima del ojo izquierdo. Afortunadamente, la consulta del médico de cabecera de tu familia está justo enfrente, en una de las casas que flanquean el perímetro de Grove Park. Los chicos deciden llevarte inmediatamente allí, y así cruzas el parque, sujetándote la ensangrentada camiseta sobre la cabeza en compañía de tus amigos, cuatro de ellos quizá, tal vez seis, ya no te acuerdas, e irrumpís en tropel en la consulta del doctor Kohn. (No has olvidado su nombre, como también

recuerdas el de tu maestra del jardín de infancia, la señorita Sandquist, y el de los demás profesores que tuviste de niño.) La recepcionista os dice a ti y tus amigos que el doctor Kohn está viendo a un paciente en ese momento, y antes de que pueda levantarse de la silla para informar al médico de que hay una urgencia que atender, tus amigos y tú entráis con paso firme en la sala de consulta sin molestaros en llamar. Os encontráis al doctor Kohn hablando con una mujer regordeta de mediana edad sentada en la camilla de reconocimiento y vestida únicamente con bragas y sostén. La mujer emite un grito de sorpresa, pero en cuanto el doctor ve la sangre que te brota de la herida, dice a la mujer que se vista y se vaya, a tus amigos que se esfumen, y luego se apresura a emprender la tarea de coserte la herida. Es un procedimiento doloroso, porque no hay tiempo de administrar anestesia, pero haces lo que puedes por no dar alaridos mientras te ensarta los puntos entre la piel. Su trabajo quizá no sea tan brillante como el ejecutado por el médico que te cosió la mejilla en 1950, pero resulta eficaz a pesar de todo, porque entonces no te desangraste y ahora no tienes un agujero en la cabeza. Unos días después, asistes con tus compañeros de sexto curso a la ceremonia de graduación de la escuela primaria. Te han elegido portaestandarte, lo que significa que debes llevar la bandera estadounidense por un pasillo y colocarla en el salón de actos en un soporte ya dispuesto en el escenario. Tienes la cabeza envuelta en un vendaje blanco de gasa, y como de cuando en cuando te rezuma un poco de sangre por donde te dieron los puntos, se va extendiendo una gran

mancha por la gasa blanca. Después de la ceremonia, tu madre te explica que cuando ibas por el pasillo con la bandera, le recordabas un cuadro con un héroe maltrecho de la Guerra de Independencia. Ya sabes, dice, como el de *The Spirit of '76*.

Lo que ejerce presión sobre ti, lo que siempre ha ejercido presión sobre ti: el exterior, es decir, la atmósfera; o bien, más concretamente, tu cuerpo en medio del aire que te rodea. Las plantas de los pies ancladas en el suelo, pero el resto de ti expuesto al aire, y ahí es donde comienza la historia, en tu cuerpo, en donde todo terminará también. De momento, estás pensando en el viento. Más adelante, si hay tiempo, pensarás en el calor y el frío, las infinitas variedades de lluvia, las nieblas que has atravesado a tientas como un hombre sin ojos, el demencial tamborileo del granizo, como de ametralladora, repiqueteando en la tejas de aquella casa del departamento de Var. Pero es el viento lo que ahora te llama la atención, porque el aire rara vez está quieto, y más allá del hálito apenas perceptible de la nada que en ocasiones te rodea, hay brisas y cadencias que flotan, las súbitas ráfagas y borrascas, el mistral de tres días que más de una vez soportaste en aquella casa con techumbre de tejas, los vientos del nordeste que barren la costa atlántica con aguaceros que calan hasta los huesos, las tormentas y huracanes, los ciclones. Y ahí estás, hace veintiún años, recorriendo las calles de Ámsterdam camino de un acto que han cancelado sin tu conocimiento, procurando cumplir diligentemente con el compromiso que has contraído, a la in-

temperie, en lo que después se denominó *la tormenta del siglo*, un huracán de tan virulenta intensidad que al cabo de una hora de tu desacertada y terca decisión de atreverte a poner el pie en la calle, en cada esquina de la ciudad habrá grandes árboles arrancados de raíz, chimeneas que caerán al suelo y coches que saldrán volando de su aparcamiento. Caminas de cara al viento, tratando de avanzar a lo largo de la acera, pero a pesar de tus esfuerzos por llegar a donde te diriges, no logras moverte. El viento arremete contra ti, y durante un minuto y medio te quedas inmovilizado.

Tus manos sobre el puente Ha'penny de Dublín trece eneros atrás, la noche siguiente a otro huracán con vientos de ciento sesenta kilómetros por hora, la última noche de la película que llevas dos meses dirigiendo, la última escena, la última toma, sólo cuestión de enfocar la cámara sobre la mano enguantada de tu actriz protagonista mientras gira la muñeca y suelta una pequeña piedra que caerá en las aguas del Liffey. Es facilísimo, ninguna toma ha exigido menos esfuerzo ni ingenio en todo el rodaje, pero estás en la fría, húmeda y oscura noche azotada por el viento, más agotado que nunca al cabo de nueve semanas de penoso trabajo en una producción erizada de innumerables problemas (de presupuesto, de exteriores, sindicales, climatológicos), con siete kilos menos que cuando empezaste, y después de estar durante horas en el puente con tu equipo, el frío y húmedo aire irlandés te ha calado hasta los huesos, y llega un momento justo antes de la toma final en que te das cuenta de que tienes las manos congeladas,

de que no puedes mover los dedos, de que tus manos se han convertido en dos bloques de hielo. ¿Por qué no te has puesto guantes?, te preguntas, pero eres incapaz de contestarte, porque la idea de los guantes ni siquiera se te ha ocurrido cuando salías del hotel hacia el puente. Filmas la última toma una vez más, y luego el productor y tú, junto con la actriz, su novio y varios miembros del equipo, os dirigís a un pub cercano para descongelaros y celebrar la finalización del rodaje. El local está abarrotado, a rebosar, una cámara de eco atestada de gente vociferante y bullanguera que se mueve de acá para allá en un estado de júbilo apocalíptico, pero hay una mesa reservada para ti y tus amigos, de modo que os sentáis, y en el momento en que tu cuerpo toma contacto con la silla te das cuenta de que estás sin fuerzas, desprovisto de todo vigor físico, de toda energía emocional, extenuado de una forma que nunca habrías imaginado que fuera posible, tan abatido que piensas que en cualquier momento vas a romper a llorar. Pides un whisky, y cuando coges el vaso y te lo llevas a los labios, te animas al observar que puedes mover los dedos otra vez. Pides otro whisky, luego otro, después un cuarto, y de pronto te quedas dormido. Pese al frenesí que te rodea, logras seguir durmiendo hasta que el productor, excelente persona, te ayuda a ponerte en pie y medio a rastras, medio a cuestas, te lleva de vuelta al hotel.

Sí, bebes mucho y fumas demasiado, has perdido dientes sin molestarte en reemplazarlos, tu régimen alimenticio no se ajusta a los preceptos de la ciencia

nutricional de nuestros días, pero si evitas la mayor parte de las verduras es sencillamente porque no te gustan, y encuentras difícil, si no imposible, comer lo que no te apetece. Sabes que tu mujer está preocupada por ti, sobre todo por lo que bebes y fumas, pero afortunadamente, hasta ahora, los rayos X no han revelado daño alguno en los pulmones, los análisis de sangre no han indicado estragos de ningún tipo en el hígado, de manera que sigues adelante con tus inmundos hábitos, sabiendo perfectamente que acabarán causándote graves perjuicios, pero cuanto más viejo te haces menos probable parece que alguna vez vayas a tener la fuerza de voluntad o el valor de abandonar tus adorados puritos y frecuentes copas de vino, que tanto placer te han procurado a lo largo de los años, y a veces piensas que si tuvieras que suprimir esas cosas de tu vida a estas alturas, tu cuerpo simplemente se vendría abajo, tu organismo dejaría de funcionar. Sin duda eres una persona precaria y dolida, un hombre que lleva una herida en su interior desde el principio mismo (¿por qué, si no, te has pasado toda tu vida adulta vertiendo palabras como sangre en una hoja de papel?), y las recompensas que te brindan el alcohol y el tabaco te sirven de muletas para que tu lisiado ser se mantenga erguido y pueda moverse por el mundo. *Automedicación*, como lo llama tu mujer. A diferencia de la madre de tu madre, ella no quiere que seas de otra manera. Tu mujer tolera tus debilidades y no te riñe ni te suelta sermones, y si se preocupa, es sólo porque quiere que vivas eternamente. Enumeras las razones por las que te has mantenido tan unido a ella durante tantos años, y

sin duda ésa es una más, una de las brillantes estrellas que titilan en la vasta constelación del amor perdurable.

Toses, ni que decir tiene, sobre todo por la noche, cuando tu cuerpo se encuentra en posición horizontal, y en esas madrugadas en que los bronquios están obstruidos más de la cuenta, te levantas de la cama, vas a otra habitación, y toses como loco hasta expectorar toda la porquería. Según tu amigo Spiegelman (el fumador más ferviente que conoces), siempre que alguien le pregunta por qué fuma, responde indefectiblemente: «Porque me gusta toser.»

1952. A los cinco años, desnudo en la bañera, solo, lo bastante mayor para lavarte sin ayuda, y mientras estás tendido de espaldas en el agua caliente, tu pene se pone firme de pronto, emergiendo por encima de la línea de flotación. Hasta ese momento, sólo te has visto el pene desde arriba, de pie y mirando hacia abajo, pero desde esta nueva posición estratégica, más o menos a la altura de la vista, se te ocurre que la punta de tu órgano masculino circuncidado guarda un sorprendente parecido con un casco. Un tipo anticuado de casco, como el que los bomberos llevaban a finales del siglo XIX. Esa revelación te resulta agradable, porque en esta coyuntura de tu vida tu mayor ambición es llegar a ser bombero, que consideras el trabajo más heroico sobre la faz de la tierra (sin duda lo es), y qué adecuado es que tengas un casco de bombero esculpido en tu propia persona, precisamente en la parte del cuerpo, además, que parece y funciona como una manguera.